

GALERIA DE LOS VIREYES DE MÉXICO.

DON JUAN DE LEYVA Y DE LA CERDA,

Marqués de Leyva y de Ladrada, conde de Baños. Vigésimo terció virey de la Nueva-España. De 1660 á 1664.



1660.

sucedier al duque de Alburquerque entró en México D. Juan de Leyva y de la Cerda, el 16 de setiembre con las mejores miras de engrandecer la colonia que se ponía á su cargo. Desde luego dictó sábias providencias para llevar al cabo la pacificación de los tarahumares que aun continuaban insurreccionados causando desastres en la parte del Nuevo México, y mandó llevar adelante la colonización ordenada por su antecesor en la misma provincia donde consiguió se formasen en poco tiempo veinte y cuatro pueblos. Entretanto en la capital se hacian grandes reparos á la obra del desagüe confiada á la actividad de los religiosos franciscanos, bajo cuya direccion se concluyeron dos arcos bastante famosos que honrando la memoria de sus autores prestaban seguridad á los mexicanos afianzando mas el canal.

1661.—1662.—El trato cruel y despótico que recibian los indios originaba de cuando en cuando, que á pesar de la abyección completa á que se hallaban reducidos y de lo muy degradados que estaban, se movian por fin con la esperanza, si no de conquistar su independencia, de alcanzar por lo menos su libertad. Esto pues puso á los de Tehuantepec en movimiento, de modo que no quedó una sola población de las mas insignificantes que no se hubiera puesto sobre las armas. Déjase bien entender lo que esto desazonó al gobierno que disponia y aprestaba gente que marchara á aquella provincia, cuando llegó la nueva que todo habia cesado felizmente, y fué que el re-

verendo obispo mexicano D. Alonzo de Cuevas y Dávalos, prelado de la iglesia de Antequera, luego que tuvo noticia del levantamiento, animado de un vivísimo deseo del bien de los pueblos y del amor de la humanidad, con la mayor celeridad en muy pocos dias habló con los rebeldes y los hizo volver al orden, cuya oficiosidad le premiò el soberano con la mitra de México renunciada que fué en el año de 64 por el Sr. Osorio Escobar.

1663.—1664.—Para continuar perfeccionando la obra del desagüe, siempre confiada á los franciscanos, se destinaron cien mil pesos de los fondos municipales. La obra en efecto seguia, y como antes le eran perjudiciales las lluvias recias y continuadas, ahora era, por el contrario, cuando se adelantaba mucho por que se llevaban las piedras que la cubrian, como quiera que estos años no escasearan, se alcanzaron muchos y muy grandes adelantos.

Por qué en los países mas ricos y fértiles de la Nueva España no se lograra fácilmente la colonización, cosa es bien fácil de explicar si se considera su distancia, y que cuando en lugares menos remotos se lograban bienes, no parecia *cordura* arriesgarlos por otros desconocidos. De aquí que las Californias á pesar de su fertilidad y de sus perlas en abundancia por mas expediciones que allá fueron ninguna llegó á establecerse. En los años corrientes hizo pleito homenaje D. Bernardo Bernal Piñaredo, para la colonización de las Californias, dióla la vuelta, recogió algun dinero con la pezca, causó muchas vejaciones á los vecinos y moradores, intentó en diversos puntos establecer presidios, y al fin sin cosa de provecho

hizo la vuelta á México. Recibiólo muy á mal el conde de Baños y escribió á la corte haciéndole una acusacion formal. Era ya tiempo en que se le relevaba y recomendó el negocio á su sucesor. Fuése pues á España dejando sentimiento en México con su partida y poco sobrevivió á ella, acelerándole la existencia los es-

travios de su hijo D. Pedro, segun Cavo, que se refiere á Vetancourt, en el cual solo hallamos que „era (el virey) un hombre *devoto* á lo sagrado y justo en el gobierno, causaron (parece que le falta un *le*) algunas inquietudes las mocedades de D. Pedro (su hijo mayorazgo).

CARLOS M. SAAVEDRA.

EL LICENCIADO

BARTOLOMÉ CAYRASCO DE FIGUEROA.

Cancion en esdrújulos.

N tanto que los Arabes
hacian el estrépito
de su venida con furor armigero,
los fuertes Alárabes
de ánimo decrepito
quieren mostrar el nuestro afan beligeró,
puesto al caballo aligero
de la fuente castálida,
de por vuestros méritos
presentes y pretéritos,
pedando atrás de vuestra ciencia inválida
el árbol odorífero
coronó el planeta mas lucífero
en términos políticos,
de fuesen algo pláticos,
querria tratar en una breve plática
de aquellos parlíticos,
de pobres, cuan lunáticos,
de tiene el ciego amor en su probática;
como en cualquier práctica,
de toda la teórica
destra virtud es única
de hábito y la túnica
de desdena la vuestra á mi relórica,
de lumbre á mi propósito,
de es que de ella y de mi os doy el depósito.
de no es fábula ridicula
de da de estos zánganos
de morados, miseros inválidos,
de en medio la canícula
de es sienten carámbanos,
de en medio del invierno están mas cálidos:
de rojos, ayer pálidos:
de agradable y hórrida

con los pies de pentámetro;
y en un mismo diámetro
están debajo el norte y de la tórrida,
y tienen ya por máxima
ser en virtud corchea, en vicio máxima.

Con un lascivo título,
con un necio preámbulo,
mostrando ser filósofo y astrólogo,
de scriben su capitulo;
de cerrado en triángulo,
de haciendo á la tercera un largo prólogo,
de aunque le riña el teólogo,
de se lo entrega al etíope
de mas negra que semínima
de y no vale una mínima
de quanto escribe de Apolo y de Caliope;
de y vase ella riendose,
de y queda el pobre sátiro muriéndose.

Entre unos verdes árboles
dicen que amor falsífico,
de bajando de Teodora á santa Brígida,
de fundó de blancos mármoles
de de gustoso y pacífico,
de una fuente tan cálida y tan frigida,
de que no hay alma tan rigida,
de que no quede gustándola
de con cierto amor ilícito,
de ó tacito ó explícito;
de y esta fuente que tantos van buscándola,
de es de *bibere et edere*
de *quia friget venus sine Baco et Cérere.*

De aquí la vena esdrújula
nace del pecho hidrópico,
de sediento del favor de que es inmérito

y aquel mirar por brújula
 como el piloto al trópico,
 sin ver tan descubierto su demérito,
 y encarecer el mérito
 de su fe no evangélica,
 con su Belisa dórida,
 que en la ribera flórida
 la vió cantando con beldad angélica,
 y tiene una carátula,
 que la harán mejor con una espátula.

A la mentira crédulos,
 a los peligros fáciles,
 á trabajo y virtud flacos y débiles:
 al desengaño incrédulos,
 á la firmeza frágiles
 al fruto del honor, flojos, inmóviles:
 al regocijo fléviles,
 á su opinion temáticos,
 al canto melancólicos,
 á Dios no muy católicos,
 coléricos al mal, y al bien flemáticos,
 son aquestos misérrimos
 amantes, y badajos celebérrimos.

De las damas fantásticas,
 mas que la caña móviles,
 presos de amor en esta red amplifica,
 seglares y monásticas
 de baja suerte innóbiles,
 de muy oscura fama y muy clarifica,
 que lengua tan magnífica,
 dirá los hechos frívolos,

vanidades gentílicas,
 pues templos y Basilicas
 pretenden como dioses estos ídolos,
 Lucrecias y Cleópatras,
 que hacen á los necios ser idólatras?


Del sumo Padre ingénito,
 que desde el trono altísimo
 gobierna el mundo por su beneplácito,
 y del verbo unigénito
 precede amorosísimo
 amor, que siempre ha sido y es paráclito,
 venga el lamento heráclito,
 y la risa demócrita:
 celebren en diálogo
 el misero catálogo
 de gente, que aún no quiere ser hipócrita,
 pues sirven al malévolo,
 y dejan al divino amor benévolo.

Vuestro patron, altífice
 de la humildad humilima,
 á quien le dió su ser el rey angélico;
 y el mio, gran pontífice,
 que con llave facilima
 al hombre cierra y abre el reino célico,
 de este enemigo bélico
 defienda nuestras ánimas;
 y en este mundo esférico
 con ánimo colérico
 en la virtud las haga tan magnánimas,
 que allá en su tabernáculo
 hallen eterno y lúcido habitáculo.

RESPUESTA

DEL LICENCIADO DUEÑAS.

Cancion.

 A sido vuestra física,
 poeta celebérrimo,
 entre las Musas de este mar Atlántico
 tan alta, que la tísica
 del amador misérrimo
 ha vuelto su lamento en dulce cántico;
 y de aquel Nigromántico,
 de tantos necios ídolo,
 que con un yelo cálido
 el rostro vuelve pálido,
 ya condena su efecto por tan frívolo,

que cuanto él es pestífero,
 vuestro remedio ha sido salútfiero.

Ni en la Arabia frutífera,
 ni en la India riquísima,
 ni en escuela poética ó histórica
 nació yerba odorífera,
 se vió piedra finísima,
 se oyó palabra dina de teórica,
 que iguale á la retórica,
 y á la virtud poética
 de verso tan frutífero,

con tal dolor mortífero,
 pues tomando la purga el alma ética
 de vuestras flores útiles,
 las yerbas, piedras, plantas son inútiles.

Con maña y fuerza pública
 andaba el ciego indómito
 granizando esta region marítima,
 y en la interior república
 volviendo siempre al vómito
 con la hermana bastarda la legítima;
 pero con vuestra pítima
 insulanos y Vándalos

se han hecho tan magníficos,
 que por vivir pacíficos,
 desbarrierran de su reino estos escándalos:
 que si le muestran ánimo,
 es un cobárde amor muy psilánimo.

Con un furor diabólico
 pretende este frenético
 establecer sus fueros y premáticas;
 y al ánimo católico,

le vuelve casi herético,
 y las estrellas fijas torna erráticas:

descúbrese con sus prácticas
 cual con oro la píldora:
 descúbrese la máscara:
 y como es todo cáscara,
 allí vereis que no hay serpiente ó vibora

entre yerba odorífera,
 que derrame ponzoña tan pestífera.

Alguna gente incrédula
 en la fe de este artículo,
 diciendo que no amar es caso ilícito,
 recaudan una cédula,

y tienen por ridículo
 el remedio, que te hizo tan solícito:

dicen que amor es lícito,
 y amor discreto y tácito;

y pues á los inhábiles,
 les vuelve amor tan hábiles,
 que siga cada cual su beneplácito:

que amor nace del ánimo,
 y la hace magnífica y magnánima.

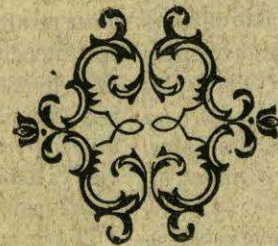
Alegan al Bucólico,
 que hizo á su Amarilida
 la selva resonar con dulce cálamó;
 y al otro melancólico,
 que amaba tanto á Filida,
 que la estaba llorando al pié de un álamo;
 y al que en dorado tálamo
 iba por el Zodíaco,
 y al que su fuerza válida
 perdió sirviendo á Dálida:
 y al que fué causa del estrago Iliaco,
 y con las fuerzas de Hércules
 las mañas del que dió su nombre al miércoles.

Son de su mal satíricos
 y de su bien estériles,
 y dan materia al cómico y al trágico:
 son bárbaros, ilíricos,
 inútiles y débiles,

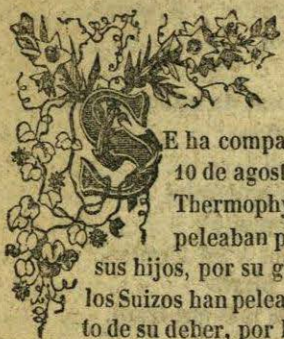
y al fin vienen á usar de estilo mágico:
 son de ánimo salvágico,
 y de lacivo término

los que á vuestros propósitos
 quieren mostrarse opósitos;
 y llegan los negocios á tal término,
 que ya cualquiera pícaro
 quiere volar, y vuela mas que Icaro.

Si en las aulas poéticas
 y délficos oráculos
 de esa ciudad confusa y babilónica:
 si en las orillas Béticas,
 dó no faltan obstáculos
 dijeren que esta lira no es armónica:
 y si con frente irónica
 plena del ramo adélfico,
 si la picaren tábanos,
 querria mas dos rábanos,
 que siendo vos el mismo Apolo Délfico,
 con cánticos benévolos
 defendereis mi canto de malévolos.



CONDUCTA DEL REGIMIENTO
DE LAS
GUARDIAS SUIZAS
EN LA JORNADA DEL 10 DE AGOSTO DE 1792
EN PARIS.



Se ha comparado la jornada del 10 de agosto á la batalla de las Thermopylas: los Espartanos peleaban por sus mugeres, por sus hijos, por su gloria, por su patria; los Suizos han peleado por el sentimiento de su deber, por la fé de los juramentos, por el honor de su pais, por el de la gloria de sus padres. Los Espartanos y los Suizos sabian que marchaban á una muerte inevitable. Todos se conformaron con intrepidez sin deliberacion y sin queja!

Desde el principio de la revolucion la situacion del regimiento de las Guardias Suizas era muy penosa. Colocado en el centro de la anarquía, las escenas mas terribles se sucedian con rapidez á su rededor. Las jornadas de "Reveillon, „Campos-Eliseos," 5 y 6 de octubre, no fueron mas que un preludio muy débil de sucesos aun mas siniestros y mucho mas decisivos. El regimiento rodeado de peligros, rendido de fatigas, desplegó sin embargo, y en todas las circunstancias, un carácter inalterable de intrepidez, de orden y de disciplina: mantuvo en los desórdenes la puntualidad de servicio de los tiempos de tranquilidad; nada se escusó para corromper á los soldados; ofertas, amenazas, seducciones, el ejemplo de las otras tropas, todo se empleó; nada los hizo titubear: su fidelidad echó el ancla en medio de la tempestad política que bramaba, viniendo encima de ellos.

Mas las circunstancias de la revolucion se hacian cada dia mas graves; cada dia mayores fatigas para las tropas fieles y todos preveian

una catástrofe inevitable y cercana. Esta consideracion determinó á los oficiales que tenian permiso de pasar su semestre en Suiza á renunciarlo para quedar cerca de la persona del rey y partir la suerte de sus compañeros; pero el rey les mandó positivamente partir y tuvieron que obedecer.

Conforme iba creciendo el peligro y acercándose la crisis, iba pronunciándose mas y mas el carácter de lealtad del Regimiento. Cada uno previó su suerte, mas todos deseaban morir antes que comprometer el honor y la reputacion de los suizos y antes de manchar unas banderas sin mancha hasta entonces!

Llegaban seguido informes sobre las intenciones hostiles de los Marselleses y faltaban municiones! Hacia tiempo que por orden superior los cañones del regimiento habian sido entregados, á pesar de las protestas de la oficialidad. Las amenazas de los federales obligaron á los gefes á consignar á los soldados en sus cuarteles, para evitar disputas que podian tener resultados funestos y dar pretextos á los mal intencionados. Los oficiales aprovecharon esta circunstancia para recordarles sus deberes, lo hicieron con confianza y sencillez, les hicieron ver la cercana tempestad, les dijeron que ya habia llegado el momento de dar pruebas palpables de su fidelidad; y nadie titubó.

El 4 de agosto se mandó al regimiento marchar á Paris, habiéndose sabido que los federales y los barrios iban á atacar las Tuillerias. El regimiento partió en la noche de Courbevoie y Ruelle despues de haber enterrado parte de

Juratae Fidei Decus est Prestare Tenacem.
Perstantem Decus est in Sialione Mori.

las banderas. El cuerpo marchaba con el mayor silencio, con las precauciones necesarias en tiempo de guerra y en pais enemigo. Este silencio mismo, un orden admirable, el aspecto firme y frio de los soldados, impusieron sin duda á los facciosos. Todo quedó tranquilo en el palacio y la misma noche volvió el regimiento á sus cuarteles; el dia siguiente se destacaron 300 hombres con destino á la Normandia.

Entre el 4 y 8 de agosto se rompió la fermentacion, hacia las ocho de la noche del 8, el capitán de guardia entregó al mayor una orden en estos términos: „El Sr. coronel dispone que el regimiento llegue á las Tuillerias mañana á las tres del dia." Esta orden habia sido transmitida por el comandante general de la guardia nacional de Paris. Se repartieron los carabos, á razon de treinta por cada plaza. Todos marcharon, aun los dispensados; no quedaron en los cuarteles mas que un número pequeño de enfermos y los forragistas. En la garita Maillet, un ordenanza llegado á Paris, entregó al comandante un „pase" firmado por Pethion.

La noche siguiente (la del 9 al 10 de agosto) en varios puntos del palacio fueron ocupados por la guardia nacional y por los suizos; y se colocó en los patios, en la capilla, la fuerza real. En el patio llamado de los suizos habia uno de estos en clase de reserva.

Los gendarmes de á pié, con parte de los de á caballo, formaron en el patio; no hallándose mas, formaron en batalla cerca del palacio real, y parte de estos dos cuerpos se echó mas tarde sobre los suizos, cuando estos se retiraron.

A las once de la noche se supo que á media noche tocarian con las campanas, á las armas. Poco despues llegó el decreto del barrio de S. Antonio, que decia: „poner sitio á las Tuillerias, matar á todo el mundo, particularmente á los suizos, arrancar al rey su abdicacion y llevarlo con la reina y la familia real á Vincennes, en calidad de rehenes por si acaso los escococeros marcharen sobre Paris.

A la media noche se oyeron tocar las campanas y la generala. El lúgubre sonido de las campanas lejos de influir mal, dió mas valor á los soldados: á las dos de la mañana ya habian llegado cuatro batallones de los barrios á la plaza del Carrousel para ejecutar su horrible proyecto; no aguardaban mas que á sus cómplices. Como á las seis de la mañana, bajó el rey al patio real, teniendo por la mano al Delfín y acompañado de varios gefes Suizos y nacionales. Pasó delante de la guardia nacional, luego por el frente de los suizos, los que gri-

taron ¡viva el rey! En este instante entró un batallon armado con picas, gritando ¡viva la nacion! Resultó una discusion muy acalorada, en la que tomaron una parte muy viva los artilleros de la guardia nacional; pero se calmaron, cuando un oficial suizo los persuadió que el rey y la nacion eran uno; el batallon que acababa de entrar salió á unirse con sus compañeros.

Poco despues el general-procurador-sindico, con un miembro del ayuntamiento, ambos con la faja tricolor y un mariscal de campo, visitaron todos los puntos; declararon verbalmente y repitieron la orden ya recibida por escrito, de defender el palacio y de repeler la fuerza con la fuerza; los guardias nacionales cargaron los fusiles y los artilleros sus cañones. A las siete se repitieron las señas de descontento y batallones enteros de guardias nacionales se marcharon: unos para unirse con los facciosos, muchos para sus casas.

Entonces se presentó una diputacion de la guardia nacional, presidida por el procurador y otros para suplicar al rey que estaba para entrar al interior de palacio, á presentarse á la asamblea nacional; un oficial suizo de categoría, viendo como se procuraba arrancar del Rey este paso, exclamó entonces: si el rey va á la asamblea, está perdido!

La reina procuró inútilmente impedir la salida del rey; este se decidió como á las nueve á ir á la asamblea con toda la familia real y algunos gentileshombres. Dos batallones de guardias nacionales y las guardias suizas de servicio, con algunos de sus oficiales escoltaron á S. M.

Esta partida fué decisiva para la guardia nacional que ocupaba el interior de las Tuillerias y los patios; la mayor parte abandonó á los suizos, unos juntándose con los batallones de los barrios, otros dispersándose; mas no desertaron todos, y entre los que quedaron fieles, es preciso mentar á casi todos los granaderos de las hijas de S. Tomas.

El ejército de los barrios comenzó á moverse con sus cañones á la cabeza, y pronto se le vió adelantarse hacia las puertas del palacio. El mariscal de campo de servicio, viéndose casi solo con los suizos, juzgó no poder conservar los patios con tan corto número de gente. Gritó: „Suizos, retiraos al palacio." Fué preciso obedecer, abandonar los patios, dejar seis cañones á la discrecion del enemigo. Se debia preveer que seria preciso recobrarlos, bajo pena de ser quemados en palacio. Todo el mun-

do lo conoció; los soldados rasos lo decían en voz alta; pero el respeto á la disciplina hizo obedecer. Se tomaron todas las disposiciones del caso. Se colocaron soldados en las escaleras y á las ventanas del palacio; el primer peloton ocupó la capilla. El capitán D... halló en la primera pieza frente á la escalera grande, al mariscal M...; este le dijo estar encargado por el rey del mando del palacio, á lo que D... le preguntó: Sr. mariscal, cuáles son vuestras órdenes. No dejarse forzar, replicó el mariscal. D..., contestó: se puede estar seguro que así se hará. Fué la única orden dada á los suizos por aquel mariscal. No se les podrá acusar de no haber obedecido á la letra.

Hablando el capitán al mariscal vió por la ventana como el portero del rey abrió la puerta real á los Marselleses; entraron poco á poco alzando sus sombreros y haciendo señas á los suizos de reunirse á ellos. Uno de la gavilla, mas valiente que los otros, se acercó á una ventana y tiró un pistoletazo; un sargento iba á castigar esta provocacion insolente, mas los oficiales le contuvieron, mas esta prueba de moderacion hizo mas insolente al enemigo. Toda la columna enemiga verificó su entrada y colocó sus cañones en bateria: se asesinó á los centinelas suizos al pié de la escalera mayor, y los primeros Marselleses tentaron subir á la capilla, sable en mano. Se baricadó muy de prisa la escalera; un oficial quiso hablar á los Marselleses, pero gritos terribles cubrieron su voz. Sin embargo, los enemigos conocieron la inutilidad de su intento y se retiraron, injuriando con palabras á los suizos.

Como 800 suizos, 200 gentileshombres desarmados, muy pocos granaderos intrépidos y fieles de la guardia nacional todos sin jefe, sin municiones, sin cañones... tal era el estado de las cosas, cuando la accion estaba por empezar, y este puñado de valientes, repartidos en mas de 20 puntos, fué atacado por cerca de 100.000 hombres de un populacho exaltado hasta el furor, en posesion de 50 cañones, disponiendo del ayuntamiento de París y apoyado por el cuerpo legislativo.

Los de los barrios hicieron una descarga, de la que resultaron heridos varios soldados. Los granaderos de S. Tomas contestaron, luego los suizos tambien. Los marselleses hicieron una descarga general de artillería y de fusil, la que mató á muchos. La accion se hizo general y se decidió en favor de los suizos. El fuego desde las ventanas y el de la reserva causó muchos estragos; en poco tiempo, el enemigo eva-

cuó el patio real, dejándolo lo lleno de muertos moribundos y heridos.

120 suizos hicieron una salida, cogieron cuatro cañones y se hicieron dueños otra vez de la puerta real. Entretanto pasaron por el Carrusel otro destacamento se apoderó de tres cañones en la puerta de la escuela de equitacion y los condujo hasta el enrejado del palacio; de aqui se fué á unir al primer destacamento bajo el fuego de la artillería enemiga, la que tiraba á metralla sobre los suizos desde la puerta del patio de la reina.

Los destacamentos reunidos llevaron el espanto y la muerte en medio de los contrarios; el patio real fué cubierto de sus muertos, los suizos les quitaron parte de sus piezas y las conservaron; desgraciadamente no tenían municiones y no pudieron hacer mas que una descarga con los cañones enemigos porque los marselleses se habian llevado en su huida los cartuchos y las mechas; así es que fué imposible á los suizos acallar un fuego de metralla que se les hizo desde una azoteuela sita enfrente de su cuerpo de guardia y el que dominaba el patio real. Esos soldados admirables por su fidelidad sufrieron un fuego mortífero con la intrepidez y tranquilidad del verdadero valor. Los destacamentos estaban diezmados, mas siempre se volvieron á juntar haciendo esfuerzos prodigiosos. Los suizos quedaron dueños del campo de batalla. Los oficiales y los soldados se engancharon á las piezas cogidas al enemigo y las llevaron; por todas partes se peleaba con igual furor, se rechazaba siempre al enemigo y los marselleses, formando la cabeza de las columnas de ataque tuvieron pérdidas inmensas.

Pero los suizos veían con dolor que ya iban escaseando las municiones y que pronto estarían espuestos al fuego enemigo sin poderle contestar.

En este instante critico, llega sin armas y sin sombrero y en medio de las balas de fusil y de cañon, el Sr. de K...; se le quiere imponer de las disposiciones acabadas de tomar hácia el jardin.

No se trata de eso, dijo, es menester marchar á la asamblea nacional cerca del rey; una voz del baron de V... teniente general, hermano del mariscal de Francia del mismo apellido, una voz amiga, gritó: Sí, valientes suizos, id á salvar al rey; vuestros antepasados lo han hecho mas de una vez.

Se creyó poder ser útil al rey, y esta voz, confirmando esperanzas tan falsas determinó la resolucion.

Fué preciso reunirse; se juntaron los tamborres que no habian muerto ya se mandó tocar asamblea, y á pesar de una lluvia de balas se pudo formar á los soldados como en un dia de parada. Para cubrir la retirada se apuntaron hácia el vestibulo dos de las piezas tomadas al enemigo, las que estaban aun cargadas; se los calocó al lado del enrejado y se dejó á cuatro soldados con orden de pegarles fuego, tirando sus fusiles sobre el oido de sus cañones en caso de ser perseguidos. No se pudo ejecutar esta orden literalmente, pero uno de los dos hombres dió fuego muy á propósito á la pieza con su eslabon. Unos soldados ayudados por tres de sus oficiales, colocaron otra pieza bajo el vestibulo.

Se marchó; el pasar por el jardin fué muy mortífero. Fué menester aguantar un fuego muy vivo de cañon y fusil, que partía desde la puerta del puente real, desde el patio de equitacion y de la azotea de los „fenillantes.”

Por fin se llegó á los corredores de la asamblea nacional; el baron de S... llevado por su ardor, entró á la sala del cuerpo legislativo, espada en mano, causando mucho miedo al lado izquierdo de la asamblea; los diputados que la componian gritaron: ¡Los suizos! los suizos! y varios procuraron salvarse por las ventanas.

Un miembro de la asamblea vino á mandar al comandante de los suizos hacerles deponer las armas, á lo que se opuso este; entonces el Sr. D... se adelantó hácia el rey y le dijo: „Señor, quieren que deponga las armas:” á lo que contestó el rey: „deponedlas entre las manos de la guardia nacional, no quiero que unos valientes como vosotros mueran.” Un momento despues el rey mandó al Sr. D... una esquela escrita de su puño, y del tenor siguiente: „El rey manda á los suizos deponer sus armas y retirarse á sus cuarteles.” Esta orden produjo el efecto de un rayo entre esos valientes; gritaron que aun podían defenderse con sus bayonetas, algunos lloraban de rabia; sin embargo, en tan horrible alternativa, triunfaron de nuevo la disciplina y la fidelidad; sabían que la orden de deponer las armas los entregaba sin defensa á unos tigres sedientos de su sangre: todos obedecieron!

Fué este el último sacrificio exigido á los Suizos: separaron á los oficiales de los soldados; á estos los llevaron á la Iglesia de los Fenillantes, á aquellos á la sala de los inspectores. Hácia la noche algunas personas generosas procuraron salvar á los nobles restos de la accion del 10 de agosto y dieron á los oficiales trajes para

salir sin ser conocidos. Cada uno hizo por sí lo que pudo.

El palacio ya no se defendía; los agresores entraron, matando á los heridos y á todos cuantos hallaron perdidos en la inmensidad del edificio. Una parte de los Suizos, la que ocupaba los salones, no habia podido unirse al destacamento que se retiró á la asamblea nacional; bajaron en el instante mismo que los Marselleses entraron á palacio. Habiendo encontrado cargadas dos de las tres piezas abandonadas antes, les dieron fuego, lo que les dió campo para efectuar su retirada por el jardin; con ellos estaba un padre capuchino, capellan del regimiento; fué preciso marchar en medio de descargas de artillería y de fusil y quedaron muertos tres oficiales y bastantes soldados. Este corto destacamento se dirigió desde luego hácia la asamblea nacional; lo alejaron con tiros de fusil; dió al puente levadizo: se halló levantado, por fin pudo salir por el jardin del Delfin. Llegados á la playa de Luis Xv, los Suizos fueron cargados por los gendarmes de á caballo, y casi todos murieron. Poco despues, un sargento con quince hombres, se abrió una salida hasta el Vestibulo, á donde halló á los Marselleses, guardando los cañones abandonados; los volvió á tomar, se defendió por algun tiempo y pudo por fin llegar á la asamblea nacional.

Agobiados por el número, cediendo el campo de batalla por unirse al rey, los Suizos no han podido dejar mas trofeos que los cadáveres amontonados de sus enemigos. Pruebas miles de heroismo y de valor se pierden en la gloria general de esta jornada y no se pueden citar.

De los oficiales, catorce fueron muertos en la jornada y doce asesinados en la Consergería, así pereció el regimiento de las guardias suizas, á la par de un encino robusto cuya existencia se ha burlado de las tempestades de varios siglos y que solo un temblor pudo echar por tierra!

Para acabar con este cuerpo, honra eterna de la nacion suiza, fué menester oponerle 100.000 hombres y una artillería inmensa!

Si una modestia nacional prohibe á un suizo elogiar la conducta de sus compatriotas de otro modo que por el relato de los hechos, le será permitido recordar que los Suizos jamas han faltado á sí mismos, que han sido tan valientes en la orilla de la Berezina como en Morgaten ó que sus batallones fueron tan fieles el 20 de marzo como el 10 de agosto.

Ellos bien han merecido el monumento que se ha levantado á estos valientes sobre el suelo helvético:

Per Vitam Fortes.
Sub iniqua Morte Fideles.

EL MONUMENTO.

Bello es guardar la fè que se jurara,
Y antes morir que perjurar cobardes.
¡Memoria siempre cara,
Augusto monumento
De tantos héroes, de virtudes tantas,
Durad eternamente
Para servir de ejemplo y escarmiento
A la futura edad y á la presente!
Y vosotros, oh! hijos de la Helvecia
Que veis á vuestros padres denodados
Luchar contra la suerte,
Leales en la vida

Y grandes en la muerte,
Venid, jurad al pié de los altares,
Ante la Suiza unida,
Sobre la losa de su tumba helada,
Y sobre su antes fulminante espada
Que hoy en pedazos por el suelo yace,
Nunca olvidar su plácida memoria,
Y esclavos siempre de la fè jurada
Nunca manchar su merecida gloria.
Tal de vuestros abuelos
Fué la primera ley, dignos modelos
En ellos encontráis, su ejemplo noble
Seguid, hijos de Helvecia, y sus virtudes;
Y si algun dia, grandes é inmortales
A su lado quereis alzar las frentes,
Cual ellos en la vida, sed leales.

LALLY-TOLLENDAL.

(Traducido para el Liceo)

UN SUEÑO.



ULCES recuerdos de pasadas horas;
gratas memorias de mejores dias,
venid, como en un tiempo, seductoras,
á renovar las ilusiones mias,
que en estas horas de fugaz reposo,
quiero apurar vuestro licor sabroso.

Venid, venid á interrumpir livianas
las cortas horas de mi triste sueño,
no á perturbar con esperanzas vanas
de nombre y gloria, mi amoroso empeño;
mas á alumbrar con resplandor divino
de mis amores el triunfal camino

Mas ¡sueños son que el corazon lamenta!
huellas que deja la ilusion pasada,
cual suele atroz la tempestad violenta
en la ancha mies ó en la feraz cañada
Delirios sí, cuyo recuerdo adoro
Ay! ilusiones que perdidas lloro!

Fué un sueño, ¡ya pasó! débil lucero
por un instante iluminó mi vida:
risueña imágen de mi amor primero,
luz de mi corazon, ¿á dó eres ida?
¡por qué en mis horas de dolor impio
te busca en vano el pensamiento mio?

¡Oh! cuantas veces, deslumbrado y ciego
quise tus goces apurar . . . ¡en vano!
que convertido en un licor de fuego
el néctar de tu cáliz soberano,
bien lejos de aplacar mi sed ardiente
quemó mis labios y abrasó mi frente.

Luego te he visto en la region etérea
flotar tranquila sobre el manso viento,
subir, crecer, y cual vision aérea
perderte en el azul del firmamento!
tambien en sueños te alcancé un instante;
pero ¡ay! cegóme tu fulgor brillante.

En sueños, sí, la realidad sombría
se alzó feroz, tras la ilusion soñada,
dejando solo en la memoria mia
su encantadora imágen retratada
sueño fugaz, desapareció, violento
cual humo leve al rebramar del viento

Era una noche del Estio ardiente,
la blanca luna en el zenit lucia,
y el blando soplo del ligero ambiente
embalsamaba cuanto allí mecia,
era un jardin espléndido y ameno,
de grata sombra, y de fragancia lleno.

Sentado allí, sobre su alfombra pura,
gozaba yo de la nocturna calma;
¡fado ¡ay triste! en mi falaz ventura,
de penas libre, y de congoja el alma,
y al son suave de mi ardiente lira,
cantos alzaba, que el deleite inspira.

Bella, como es al despuntar el dia
la aurora matizada de colores,
alli tambien estabas tú, Maria.
pura, como la brisa entre las flores;
tu cantabas mi amor, yo tu hermosura,
y el céfiro fugaz nuestra ventura.

Con su argentina luz, tu faz hermosa,
bañaba á veces la apacible luna,
y en dulce melodia, vagarosa,
el viento que rizaba la laguna
y el serpeante rio entre las flores;
pasaban lentos, suspirando amores.

„Yo te amo,” me decias, „¡cuan mezquino,
es á mis ojos tristes, vida mia,
sin el consuelo de tu amor divino,
cuan to inventó la humana fantasia,
la noche, el aura, el susurrar del rio,
fuérame odiosos sin tu amor, bien mio.

Cuan diferente agora; tu presencia
torna el vergel en dulce paraíso,
rico de flores de amorosa esencia,
al blando goce de mi amor, preciso”
¡Dígistes ¡ay! y en tu delirio bello,
tu obúrneo brazo circundó mi cuello.

Yo no te hablaba, no; pero en mis ojos
leyendo tu mi amor, puro y ardiente,
en pago de mi afán, tus labios rojos
tierna posaste en mi ardorosa frente.
Cuanto era yo feliz! ¡momentos breves
de inefable placer . . . ¡huyeron leves!

Cesó de pronto, de alumbrar la luna;
cesó el murmullo de las mansas fuentes,
y sobre el fértil prado y la laguna,
espesa lluvia descendió á torrentes!
¡Oh, cuan en breve mi amoroso encanto,
tornóse amargo, en afliccion y llanto!

Bramó feroz la tempestad rugiente,
sonó cercano el estruendoso trueno,
y á su hórrido fragor, violentamente
latió de espanto tu nevado seno.
„Huyamos, amor mio” me dijiste,
y de mis brazos trémula partiste.

Yo te busqué en la obscuridad, Maria,
por largo tiempo . . . te llamaba, en vano
que mas sañuda la tormenta impia,
cubrió mis voces, con su estruendo insano;
¡Momentos de inquietud, de horrible espanto,
que aun hoy recuerdo con amargo llanto!

A la luz de un relámpago sombrío,
al fin te divisé por un instante
junto á la márgen del crecido rio;
partir quise en tu busca, delirante,
pero de un rayo al hórrido estallido,
caí sobre la yerba sin sentido.

Harto duró mi situacion penosa;
que ya al volver de mi fatal desmayo
alumbraba otra vez la selva hojosa,
de excelsa luna el amarillo rayo;
mas no como antes, con su luz radiosa
apacible bañó tu faz hermosa.

Vagué en tu busca por el verde otero
en pos de mi ilusion, de tus amores,
y al cabo solo hallé ¡recuerdo fiero!
tu livido cádaver entre flores!
Del rayo herida, sin amores, yerta,
del rio estabas en la márgen . . . muerta!

Agosto 15 de 1844.—ALEJANDRO RIVERO.

